

Discurso del Presidente del Parlamento

Es un honor para el Presidente del Parlamento de Navarra dirigirles unas palabras a ustedes, investigadores y profesores que han participado en los trabajos del II Congreso General de Historia de Navarra que ahora llega a su fin.

Entiendo, sin embargo, que esta clausura es más exactamente, una exigencia formal, y lo que parece término, es en realidad principio, porque las comunicaciones y ponencias que se han expuesto en este encuentro son simiente que ha de germinar, cuando se publiquen y estudien, en el contraste con otros trabajos, en la incitación a otros investigadores para que sigan abriendo sendas al conocimiento de los hechos que se nos dan velados por el paso del tiempo.

Están ustedes empleados en la incesante tarea de iluminar el pasado. Al hacerlo, dan luz al presente porque la Historia tiene una cualidad especular. Sabiendo de quienes nos precedieron, sabemos de nosotros mismos. En una de sus hermosas narraciones, Jorge Luis Borges explica que un hombre da a lo largo de su vida innumerables pasos por calles, habitaciones, templos y plazas. Dios, escribe Borges, es capaz de ver este laberíntico itinerario como nosotros percibimos la forma de un triángulo. Esta metáfora ilustra el objetivo del trabajo historiográfico que, en la representación ordenada de los hechos que se suceden en el tiempo, da noción del hombre que somos, del pueblo del que formamos parte, de la humanidad que constituimos. Y si bien sabemos que nunca hemos de alcanzar el punto de vista de Dios, esta convicción no nos exime de precisar y ensanchar el ámbito de conocimiento de la compleja realidad que nos abarca.

El ilustre medievalista francés Marc Bloch lo dice en su brevariario sobre el oficio del historiador con palabras que no pueden ser enmendadas. «Esta solidaridad de las edades históricas», escribe Bloch, «tiene tal fuerza que los lazos de intercomprensión entre ellas tienen verdaderamente doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente». Y añade unas líneas más abajo: «Esta facultad de captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador. No nos dejemos engañar por cierta frialdad del estilo; los más grandes entre nosotros han poseído esta cualidad».

La producción historiográfica, pues, no puede escapar a la exigencia de la Historia que tiene, en último extremo, un carácter perentorio; «el temblor de lo humano», en palabras de Bloch. El trabajo de los historiadores debe ser solidario con las preocupaciones de la sociedad de su tiempo. Es evidente, a la vista del programa de ponencias y comunicaciones que se han expuesto, que esta condición se ha cumplido entre ustedes.

Vivimos un tiempo marcado por el derrumbamiento de las barreras políticas y económicas que hasta hace poco separaban a los países europeos y por la interrelación de nuestra sociedad industrializada y democrática con otras áreas del mundo. Ambos hechos nos llevan a sentir a nuestra comunidad en el contexto de otras sociedades que constituyen, de una u otra manera, otras culturas. La orientación del Congreso hacia el examen de las relaciones con América Latina y los movimientos migratorios y las ilustrativas palabras que acabamos de escuchar al Excmo. Sr. D. Víctor Manuel

Arbeloa sobre Navarra y Europa, dan noticia de vuestra sensibilidad ante esta novísima demanda de conocimiento social.

Pero aún hay otro rasgo del contenido del programa de tareas, relacionado con el anterior, que considero digno de mención: la notable inclinación, que se advierte en el número de comunicaciones presentadas, hacia las épocas Moderna y Contemporánea que no cuentan entre nosotros con tan asentada tradición como los correspondientes al Medioevo o la Edad Antigua. Hay que congratularse, creo, por esta orientación de las investigaciones que significa no sólo un aumento del acervo de conocimientos sino la voluntad de explicar la naturaleza de la realidad actual —política, económica, social— en definitiva humana.

Y una última reflexión. Desde mi condición de profano en la materia, creo que Navarra alberga una robusta tradición historiográfica y archivística, jalonada por nombres egregios que están en la mente de todos, como el Padre Moret, Juan Antonio Fernández, Yanguas, Campión o el llorado Lacarra. Sus trabajos, y los de otros, menos afamados pero no menos memorables en su especialidad, constituyen una parte esencial del fuerte sentimiento de identidad de los navarros que nos hemos sublevado siempre frente a los intentos de tergiversación de nuestro pasado. En cada instante somos el fruto de un continuo histórico y, si bien nuestro quehacer diario está presidido por la libertad moral, que es un atributo de lo humano, no podemos negar lo que fuimos, ni abolirlo.

Tampoco manipularlo. El conocimiento histórico es producto del tesón, honradez y afinamiento intelectual de los historiadores y exige para su desarrollo, libertad de crítica y pluralismo en la expresión. Celebro, como navarro y como Presidente de la Institución que nos representa a todos, que estas circunstancias se hayan dado en las reuniones de este II Congreso.

Os deseo muchos éxitos en vuestro fundamental quehacer de averiguar, comprender y exponer la realidad.

Muchas gracias.

Javier Gómara